

# El aliento poético en *Metáforas de nuestra vida* de Mauricio Beuchot

## The poetic breath in Mauricio Beuchot's *Metáforas de nuestra vida*

---

**FRANCISCO JOSÉ FRANCISCO CARRERA**

Dpto. de Didáctica de la Lengua y la Literatura  
Facultad de Educación - Universidad de Valladolid.  
Campus Duques de Soria, s/n. 42004. Soria  
franciscojose.francisco@uva.es  
ORCID 0000-0003-2481-8213

**SUSANA GÓMEZ REDONDO**

GIR Trans-REAL lab.  
Dpto. de Didáctica de la Lengua y la Literatura  
Facultad de Educación - Universidad de Valladolid.  
Campus Duques de Soria, s/n. 42004. Soria  
susana.gomezr@uva.es  
ORCID 0000-0002-8285-2068

Recibido: 18/11/2018. Aceptado: 12/12/2018

Como citar: Francisco Carrera, F. J. (2018). El aliento poético en *Metáforas de nuestra vida* de Mauricio de Beuchot. *Nudos* 2(2), pp. 23-32.

DOI: <https://doi.org/10.24197/nrtstdl.2.2018.23-32>

**Resumen:** El presente artículo se ocupa de ver cómo Mauricio Beuchot ha utilizado recursos poéticos en su filosofía y recursos filosóficos en su poesía. Para ello nos detendremos en el capítulo titulado “El entrecruce de filosofía y poesía” incluido en su libro *Metáforas de nuestra vida*. Al fin, esperamos poder demostrar que el impulso analógico y *phronésico* propio de su hermenéutica analógica estructura tanto su obra filosófica como su obra poética.

**Abstract:** The present paper is devoted to see how Mauricio Beuchot has used poetic devices in his philosophy and philosophical ones in his poetry. For doing this we will pay attention to the chapter titled “El entrecruce de filosofía y poesía” included in his book *Metáforas de nuestra vida*. Thus, we hope we can prove that the analogic and phronetic impulse from his analogic hermeneutics structures both his philosophical and his poetic work.

**Palabras clave:** hermenéutica analógica, impulso lírico, metáfora.

**Keywords:** analogic hermeneutics, lyric impulse, metaphor.

## 1. INTRODUCCIÓN: BEUCHOT FILÓSOFO, BEUCHOT POETA

Queremos contribuir con el presente trabajo a señalar algunas de las intuiciones poéticas que palpitan en la prosa del filósofo Mauricio Beuchot. Para ello, hemos decidido rescatar de entre su voluminosa obra filosófica un libro que puede pasar desapercibido por su aparente falta de ambición, algo, creemos, que comparte con mucha de la mejor poesía escrita. En su forma humilde y mundana se ocultan algunas joyas de luz absolutas que, sin ser versos, sin ser muestras líricas, nos señalan caminos cercanos al corazón. En esas pulsiones nos queremos detener también porque buscábamos acercarnos al Beuchot poético que puede llegar a ocultarse detrás de sus textos más narrativo-científicos. Esperamos ser lo suficientemente hábiles y humildes como para poder mostrar esto que aquí adelantamos; vaya por delante, eso sí, nuestro mayor respeto y admiración al hombre y a la obra. Beuchot es uno de los grandes filósofos de nuestro tiempo y su hermenéutica analógica se ha convertido en un paradigma prudente y moderado en tiempos de gran agitación social, en la era “pantallizada” que nos ha tocado vivir, en palabras de Esquirol (2015). Quizás la diafanidad que recorre el pensamiento de Beuchot sea un valor poético que reconocer, esa búsqueda de lo prístino en lo farragoso (y el pensamiento suele serlo), más cerca de la transparencia del haiku que de la rugosidad de texto cargado de complejidades de pensamiento. También

una sensación de humildad, repetimos, que se ancla en la realidad más básica del mundo o, mejor dicho, del ser en el mundo.

Pues bien, Beuchot, con su hermenéutica analógica, siempre ha estado en una situación fronteriza, en una situación de diálogo inclusivo. Aceptando las pulsiones propias del univocismo y el equivocismo, mantiene la tensión *analógicamente*, por así decirlo, porque se decanta por un patrón interpretativo que se alimenta a la vez de la rigurosidad de la ciencia y de la intuición de la poesía. Por ello, a la vez que deja claro el peligro de encorsetar todo con un univocismo férreo, también repite una y otra vez cosas como la siguiente: “Esa equivocidad, no está de más decirlo, acaba con la hermenéutica, pues hace que prácticamente todas las interpretaciones valgan, con lo cual resulta que ninguna vale”; o :“Si jugamos demasiado al equívoco, acabaremos en un callejón sin salida, del que no podremos escapar, habremos perdido el hilo de Ariadna para dominar el laberinto” (Beuchot, 2014, p. 58). Por cierto, que esta cita es un buen ejemplo de ese aliento poético que mencionábamos en el título del presente trabajo al referirnos a la obra no-poética de Beuchot, su gusto por la metáfora y el leguaje figurativo, la referencia cultural o el guiño propiamente literario. Y es que, por decirlo de una manera muy coloquial, no todo vale. Esto nos recuerda a aquellos años en que tuvimos la suerte de enseñar poesía en el aula de literatura. En concreto los comentarios de algunos alumnos más risueños, inocentes o simplemente, menos rigurosos para según qué aspectos, que decían cosas como “me gusta la poesía porque para cada persona significa una cosa y todas son igual de válidas”. A lo que respondíamos que no, que al menos en el estudio de la poesía no todo valía ni todas las interpretaciones. Algo aplicable a todo lo humano, pues lo cultural establece sus propias jerarquías para dar un “mejor” sentido a todo lo que estamos viviendo.

Esta dificultad de encasillar o jerarquizar la poesía se muestra asimismo en otros sentidos. El poema también se establece como límite, al menos como límite verbal de lo inefable o numinoso hacia lo que apunta. Dice lo que no se deja decir y lo dice de manera oblicua por muy directo que parezca, pues toda palabra es ya reflejo de otra cosa. Por todo esto, el estudio de la poesía cuando se hace de manera formal dentro del sistema educativo puede tender a enmarcar lo que no deja ser enmarcado, y es que en estos días más que nunca nos toca reflexionar sobre lo siguiente:

Fuera de clase parece que sólo haya espacio para el castigo o la huida, los pasillos silenciosos y oscuros en los que pasan el rato los castigados, o el sol y las aventuras con las que sueñan quienes pasan el día encerrados en las aulas. Pero fuera de clase también está todo lo que ha quedado por pensar: los deseos encendidos por lo que hemos empezado a aprender, el eco de las palabras inquietantes, los problemas no resueltos y, sobre todo, la

relación de todo aprendizaje con la vida, con la propia y también con la vida colectiva (Garcés, 2016, p. 16)

También es verdad que vivimos una época fascinante, llena de posibilidades, llena también de peligros. Como dice Antonio Damasio:

Este podría ser el mejor de los tiempos en el que vivir porque estamos rodeados por descubrimientos científicos espectaculares y por una brillantez técnica que hace que la vida sea cada vez más confortable y cómoda; porque la cantidad de conocimiento de que disponemos y la facilidad de acceso a ese conocimiento se encuentran en su punto álgido, y lo mismo cabe decir de la capacidad de interconexión humana a escala planetaria, si se tienen en cuenta tanto los viajes reales y la comunicación electrónica como los acuerdos internacionales para todo tipo de cooperación científica, artística o comercial; porque la capacidad de diagnosticar, gestionar e incluso curar enfermedades es cada día mayor, y la longevidad continúa creciendo de manera tan notable que es probable que los seres humanos nacidos después del año 2000 vivan, cabe esperar que bien, hasta una edad media de al menos cien años. Pronto viajaremos en automóviles totalmente automatizados, lo que ahorrará esfuerzo y vidas porque, como consecuencia de ello, habrá menos accidentes mortales. (2018, pp. 289-290)

Pero claro, toda utopía conlleva su dosis de distopía, pues toda ganancia tiene un impacto de pérdida. Continúa, pues, Damasio:

Aunque los conocimientos científicos y técnicos de la ciudadanía nunca han sido tan elevados, el público invierte poco tiempo en leer novelas o poesía, que sigue siendo la manera más segura y más provechosa de acceder a la comedia y el drama de la existencia y de tener una oportunidad para reflexionar sobre quiénes somos o podemos ser. Por lo que parece, no tenemos tiempo suficiente como para perderlo en esa cuestión tan poco práctica de, simplemente, ser. Parece como si una parte de la sociedad que celebra la ciencia y la tecnología modernas, la que más se beneficia de ellas, estuviera en quiebra espiritual, tanto en el sentido secular como en el religioso del término “espiritual”. (2018, p. 290)

Pues bien, al hilo de todas estas consideraciones sobre la complejidad del poema y del lenguaje poético, en el año 2011 Beuchot publica un libro titulado *Metáforas de Nuestra vida: Antropología e Interpretación*, que deja claro su aliento

poético, aunque solo sea por esa búsqueda de significado a través de la metáfora, un tropo eminentemente poético. En el capítulo “La metáfora del mundo como libro” se nos recuerda lo siguiente:

Estamos en un tiempo indigente, como decía Hölderlin y Heidegger, refiriéndose a la pérdida de los dioses, pero ahora refiriéndose a los símbolos. Y ahora han enmudecido. La transcendencia no nos puede hablar de frente, no la resistimos; por eso nos habla en cifras, en símbolos. Y, en el resquicio que quede entre la razón y el misterio, está un lenguaje que hemos olvidado (como decía Fromm del lenguaje de los sueños: el lenguaje olvidado), y necesitamos recuperar su clave. Su clave que es la intuición, pues el ser se da en el tiempo, pero el tiempo nos destruye el ser, lo mata, lo lleva al acabamiento, lo hace ser para la muerte. Por eso, aunque no podamos engañar, a fuer de hermeneutas irredentos, de intérpretes recalcitrantes, tenemos que tratar de comprender, para salir de esa menesterosidad de sentido que caracteriza, con toda su crudeza, a nuestro tiempo. (Beuchot, 2011, p. 49)

Aquí creemos, con Mèlich (2012), que “la vida humana es una tensión, irresoluble, entre la contingencia y la novedad” (p. 31). Esta finitud es aliento poético y es algo a lo que la poesía de todo tiempo y lugar ha señalado. El poeta como voz de los numinoso se ancla desde pronto en nuestros constructos culturales, es el que señala el camino olvidado, el verdadero lenguaje del mundo que luego es sustituido por el nuestro, vicario y sucedáneo de lo auténtico.

Hemos de recordar asimismo que Mauricio Beuchot ha sido poeta a la vez que filósofo, si bien la poesía la ha cultivado en menor medida, al menos la que ha sido publicada. Sobre su poesía existe un excelente trabajo que vio la luz en 2011, realizado por Gema Gordo Piñar, y donde la autora se ocupa de analizar la poesía del mexicano desde los mismos presupuestos de su constructo filosófico, la hermenéutica analógica. Así, del acertado análisis de Gordo Piñar sacamos en claro una buena serie de ideas acerca de la poesía de Mauricio Beuchot: 1) es una poesía profundamente analógica porque no se decanta por la forma o el sentido sino que aúna ambos ámbitos con el mismo cuidado y dedicación, 2) las interpretaciones que se alientan en sus poemas pueden ser muchas pero no pueden ser “todas”, 3) es una poesía metafísica pues busca lo esencial de las cosas, 4) es una poesía simbólica, 5) el macrocosmos y el microcosmos como símbolos aparecen en los poemas, 6) son poemas transformadores y comprometidos, 7) es una poesía dirigida al otro, por lo que abunda el tema de la alteridad y 8) tiene un alto contenido filosófico.

Parece obvio, por lo tanto, lo siguiente:

La poesía de Beuchot no sólo es analógica (está llena de símbolos, metáforas, metonimias..., siendo, a su vez, el poema símbolo de sí mismo, de Beuchot, hecho confirmado por el uso del pronombre “yo”, que aparece continuamente en sus poemas; por lo que el yo poético y el yo autor coinciden), sino que además representa una realidad analógica. (Gordo Piñar, 2011, p. 312)

## 2. POESÍA Y FILOSOFÍA, CAMINOS QUE SE CRUZAN

Al fin, queremos centrarnos de manera concreta en un apartado del libro que nos ocupa, el titulado “El entrecruce de filosofía y poesía”. En este capítulo, Beuchot, al hablar de los grandes escritores y pensadores románticos, nos deja claro que:

En ellos encontramos una lección acerca de esa difícil y sutil relación, que ahora me interesa porque estamos a falta de un equilibrio. O se realiza una filosofía totalmente racional, como la mayor parte de los cultores de la filosofía analítica, o se hace una filosofía completamente “poética”, como pretenden hacerla muchos representantes de la filosofía posmoderna. Es el univocismo racionalista y el equivocismo esteticista luchando a muerte. Y necesitamos una postura intermedia y mediadora, la del analogicismo, que nos haga integrar esas dos fuerzas que tiran al hombre, el cual necesita de ambas. Es un momento oportuno para conciliarlas (2011, p. 71).

Esta afirmación es muy interesante y se va desarrollando a lo largo del capítulo en cuestión. Así, Beuchot no ve problema para que filosofía y poesía puedan complementarse, del mismo modo en que él mismo ha ido desarrollando su obra en ambos campos. Más allá de esto, diríamos que su poesía es filosófica y su filosofía, poética, pero siempre en la medida justa, pues él, maestro en la hibridación, es siempre analógico y prudente. No sin razón, Beuchot pone la *phrónesis* como una virtud esencial para nuestros días, días un tanto extremos que se prodigan en carencias o abundancias sin llegar a transitar un término medio que sería lo justo y necesario para el ser humano como ser analógico.

Pues bien, después de desengranar las aproximaciones filosófico-poéticas de autores como Herder, Fichte, Schelling, Schlegel, Hölderlin, Novalis o Schleiermacher, Beuchot se dedica a reflexionar con la intensidad del poeta y la profundidad del filósofo. Es entonces cuando el filósofo mexicano señala aspectos que son clave y que estructuran de una u otra manera su desarrollo intelectual, como se puede ver en sus escritos y en su concepción analógica de la hermenéutica.

La posición del autor es clara si atendemos a cómo lo expone en la siguiente reflexión:

Se ha planteado de muchas formas la conexión de la filosofía con la poesía (y con el arte en general). El peligro ha sido fusionar la una con la otra. Pero ha habido, también, intentos de hacerlas que se toquen, sin confundirse, conservando cada una su propia identidad, su especificidad. La poesía siempre estará más del lado de la imaginación y el sentimiento, mientras que la filosofía estará más del lado de la razón y la voluntad. Esto no quiere decir que la poesía no incluya el apoyo de la razón ni que la filosofía deje de lado la emoción. Es el individuo humano el que hace de filósofo y poeta, de ambas cosas, y no puede evitar que esos aspectos confluyan en su acción. (Beuchot, 2011, p. 77).

Pues bien, como seres holísticos que somos, no podemos separar del todo la razón y la imaginación. Aunque pueda usarse una u otra en momentos específicos que así lo requieren, tendemos a la integración de ambas esferas. Pero la pulsión analógica hace de intermediario aquí, pues lo que se solicita es, por tanto, prudencia y atención en el camino de la expresión. Es también el desarrollo del arte de la justa medida un poco como lo expresa, por ejemplo, Grün (2016), o como Esquirol (2006) apuesta por una mirada atenta del hombre hacia el mundo interior y el exterior. También es, a su manera, la alabanza de la lentitud de Maffei (2016), porque esta lentitud es sobre todo atención, porque la lentitud es a veces son la manera más rápida de llegar a ciertos estados.

Esta intención es propia de la visión *phronésica* de la hermenéutica analógica beuchotiana. Se sitúa en una zona mestiza y de cruce, pero es una zona donde predomina la atención y el cuidado del filósofo o del simple hombre que la practica o la prodiga. Es una visión poética y apasionada y una visión filosófica y razonada. No todo vale aquí, pero se acepta que sin valer todo hay una panoplia “razonable” de interpretaciones, panoplia jerarquizada y prudente pero que no tiene el deseo de ser única y dogmática. Es dialógica y ontológicamente tendente hacia el otro que es el hermano, el análogo, el igual que es a la vez distinto.

Hay veces que glosar un texto preclaro es baladí porque solo se consigue crear farrago y ruido y furia donde solo había limpieza, silencio y calma. Por ello, para cerrar esta sección dejamos al lector en profunda intimidad con el Beuchot más filosófico y más poético, con el Beuchot más preclaro, con el que aún intuición y razón de una manera prodigiosamente analógica:

Pero creo que podemos entrecruzar la filosofía y la poesía sin que se confundan, manteniendo cada uno su propia especificidad. Su característica

propia, incluso su identidad individual. La intuición es el entrecruce de lo finito y lo infinito, de lo absoluto y lo relativo, es un momento analógico. En efecto, no tiene la pura absolutidad de lo unívoco, ni la completa relatividad de lo equívoco; está a medio camino, es una especie de mestizo. Quizá la filosofía deba también ser mestiza, hallándose a sí misma cuando se cruza con la poesía. Eso fue lo que hizo la mitología. El mito fue la protofilosofía o la pre-filosofía y, por ello, la filosofía tiene que ser una post-mítica; de otra manera, no alcanzará a dar sentido a los hombres. Y esto último, aunque a veces se olvide o incluso se niegue, sigue siendo su función. (2011, p. 79)

### 3. CONCLUSIÓN: EL ROSTRO DETRÁS DEL ROSTRO

Entendemos, después de lo comentado en las páginas anteriores, que Beuchot ha buscado a través de su poesía y su filosofía una manera de no olvidar lo que de verdad importa en nuestro mundo, un estudio profundo de la esencia que nos ha de facilitar el reencuentro con la naturaleza perdida de las cosas, de nosotros mismos. Con ello podríamos evitar peligros como el que implica ser atrapado por un leguaje que ya no pensamos y que nos piensa a nosotros y nos dictamina cómo pensar, pues:

Nos atrapan los clichés: maneras estereotipadas de decir la realidad, de referirnos a lo que pasa y de valorar la actualidad, sentencias simplificadoras que vamos pasando de boca en boca, desde por la mañana temprano, cuando se ponen en marcha las tertulias, y que siguen entreteniéndonos y dándonos seguridad cuando llegan, por la noche, las conversaciones con familiares y amigos. Nos atrapa, también, el ansia de comunicación. Si no hay actividad comunicativa, dejamos de escuchar. Si no recibimos mensajes, dejamos de percibir. La comunicación, así, se torna una actividad vacía que sólo pide más y más comunicación. (Garcés, 2016, p. 16)

Esta capacidad de detener o ralentizar el pensamiento y aun el tiempo es algo propio de la poesía pero también de los buenos escritos filosóficos, como es el caso de la producción de Beuchot. Leyendo sus escritos académicos uno a veces siente esa necesidad de ir despacio, muy despacio, para entender bien (proceso de racionalización) y para disfrutar (proceso estético), como hacemos con la poesía; sabemos que lo que se dice es importante, esencial incluso, pero el cómo es también

algo que tener presente. Al final uno busca la palabra, pero no de forma vacía o insulsa o mecánica, busca con ahínco la palabra, la exacta, la adecuada, la que sana y transforma. La palabra detrás de la palabra que, como el rostro detrás del rostro del Zen, es la que nos reconcilia, la que nos protege, la que nos apacigua porque entonces hablamos de verdad pues “hablar es interrumpir el ruido y encontrar aquella palabra que realmente necesitamos decirnos, aquel sentido que ilumina de otra forma lo que estamos viviendo” (Garcés, 2016, p. 16).

Ya nos decía d’Ors que:

Cada sensación, por mínima que parezca, es digna de ser explorada. La iluminación (es decir, esa luz que ocasionalmente se enciende en nuestro interior, ayudándonos a comprender la vida) se esconde en los hechos más diminutos y puede advenir en cualquier momento y por cualquier circunstancia. (2015, p. 41).

Pues bien, es en ese momento de unión donde el poeta/filósofo se torna filósofo/poeta, donde se unifica de manera integrada intuición y emoción con raciocinio e intelecto. Es este un modo de funcionar profundamente analógico y *phronésico*, un modo que pertenece al poeta y al filósofo por igual, un modo propiamente humano pues lo sitúa en la frontera del otro, lo emplaza en algún lugar intermedio entre su cuerpo finito y su deseo de alcanzar lo absoluto-transcendente. Así, Beuchot ha practicado lo que predica y nos ha ofrecida poesía profundamente filosófica y filosofía profundamente poética. Un claro ejemplo, de nuevo, del hombre, del pensador y del poeta que es. Una suerte para todos sus lectores en cualquiera de los géneros que tenga a bien cultivar.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Damasio, A. (2018). *El extraño orden de las cosas. La vida, los sentimientos y la creación de las culturas*. Barcelona: Destino.
- Beuchot, M. (2011). *Metáforas de nuestra vida*. Huelva: Hergué.
- Beuchot, M. (2014). *La huella analógica del caminar humano*. Madrid: Acci.
- Garcés, M. (2016). *Fuera de clase. Textos de filosofía de guerrilla*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Gordo Piñar, G. (2011). Poesía, símbolo y analogía. En Arenas-Dolz, F. y Gordo Pilar, G. *Márgenes de la Interpretación. Diálogo, símbolo y analógica*. Madrid: Plaza y Valdés.

Mèlich, J. C. (2012). *Filosofía de la Finitud*. Barcelona: Herder.

Esquirol, J. M. (2006). *El respeto o la mirada atenta*. Barcelona: Gedisa.

Esquirol, J. M. (2015). *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*. Barcelona: Acantilado.

Grün, A. (2016). *El arte de la justa medida*. Madrid: Trotta.

Maffei, L. (2016). *Alabanza de la lentitud*. Madrid: Alianza.

d'Ors, P. (2015). *Biografía del silencio*. Madrid: Siruela.